

Significado de las elecciones
del 27 de noviembre de 1994

LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS EN LA SOCIEDAD URUGUAYA:

Alfredo Errandonea

1.- EL ACONTECIMIENTO Y LA NECESIDAD DE SU EXPLICACIÓN

1.- Las encuestas lo habían anticipado, la mayoría de los analistas adelantaron su posibilidad, el olfato de los uruguayos lo presumía. Se sabía, pero igual su consagración no dejó de sorprender: el 27 de noviembre 1994, el clásico bipartidismo tradicional uruguayo fue sepultado. La situación podría llegar a evolucionar hacia otro más racional, pero "el país de blancos y colorados", se clausuró ese domingo, mientras éstos paradójicamente festejaban su regreso al gobierno...

2.- Desde ese histórico último domingo de noviembre del 94, el cuerpo electoral nacional quedó distribuido por tercios muy equilibrados entre sí. Y si se contabiliza entre ellos por su mayor afinidad, al caudal de la pequeña cuarta fuerza, es ese tercio no tradicional el más numeroso.

Es la culminación de un proceso iniciado en 1971, —que avanzó con mayor sensibilidad en Montevideo, hasta el dominio municipal frenteamplista de 1989— consolidado y ampliado ahora. Que había quedado confinado en la capital, con resistencia inercial del bipartidismo tradicional en el resto del país y que en el momento actual alcanza dimensión nacional. No sólo por los guarismos globales, sino porque en muchos departamentos el voto "no tradicional" saltó su tope histórico, y en algunos de los más numerosos de ellos se ha abierto el camino a la accesibilidad al poder municipal más allá de blancos y colorados; aunque aún ellos se distribuyan todas esas intendencias (alcaldías). (Errandonea, 1994).

3.- Ahora han quedado perimidas muchas prácticas políticas, institucionalizadas de larga data en el país. Y el escenario donde deberán adoptarse inaplazables decisiones nacionales tendrá otras características y condiciones que aquellas a las que estaban habituados los líderes políticos de las colectividades históricas: los que quizás aún no hayan llegado a comprenderlo cabalmente.

Por cierto que en su perspectiva, la mayor dificultad es leída —no sin algo de incorrección (de Sierra, 1994.a; Errandonea, 1995, b)— como el "problema de gobernabilidad"; para el cual las actuales fórmulas que tienen su reflejo en el propio texto de la Constitución, ya no son aptas. En una carta magna que como la uruguaya—a despecho de la opinión jurídica técnica en contrario— ha contenido siempre las fórmulas concretas de la organización coyuntural del poder institucional, este hecho la ha tornado obsoleta. Su texto fue pensado —y mantenido en ese aspecto durante décadas— para un formato de dos partidos con acceso al poder, y debe aplicarse a una situación en la que hay tres... Ahora sí que tendrán que sobrevenir las modificaciones institucionales.

4.- Hasta 1971, dos grandes colectividades políticas históricas tradicionales monopolizaron las opciones de poder en el Uruguay moderno, tanto nacionales como municipales; fueron las únicas que tuvieron acceso a los cargos electivos ejecutivos y congregaron a la gran mayoría de los votos (alrededor o acercándose al 90 % de sufragios). Si se tiene en cuenta que estas mismas colectividades políticas inician su existencia hegemónica en el país desde fines de la "guerra grande" (en las postrimerías de la primera mitad del siglo XIX), se trata del único ejemplo latinoamericano, y un raro caso a nivel mundial, de permanencia política; lo que hace más notable el acontecimiento en consideración. Pero

* Ponencia presentada en el Congreso ALAS/95

limitemos esta historia al tramo del funcionamiento moderno del sistema electoral y político del país, desde mediados de la segunda década del presente siglo: lo que de por sí constituye un extraordinario ejemplo de perdurabilidad.

5.- El hecho histórico es tal que ha llevado a muchos a ceder a la tentación de tipificar al sistema de partidos uruguayo como "bipartidista", y a que esa caracterización sea la habitualmente manejada en el lenguaje común, incluso en los medios del ambiente político. Incluso, esa es la posición que asume—entre otros— el prestigioso politólogo uruguayo Luis Eduardo González (González, 1993). He sostenido —creo que concluyentemente— que esta tipificación es errónea (Errandonea, 1989 y 1994,b); y comparto las objeciones que de ella ha hecho Solari (1958) y hacen Lindhal (1962) y Sartori (1976). En todo caso, en el ejemplo uruguayo pudo hablarse —como lo hicieron estos autores— de "bipartidismo imperfecto": "bipartidismo" porque efectivamente cerca de un 90 % del cuerpo electoral se distribuye entre dos partidos, únicos con posibilidad real de alcanzar el poder; "imperfecto" porque esos dos partidos eran en realidad dos conglomerados —verdadera suma de partidos en cada uno de ellos—, carentes de autoridades y candidatos comunes y de disciplina partidaria, cada uno de los cuales era incapaz en su conjunto de brindar el correspondiente respaldo parlamentario a un gobierno.

6.- Sin embargo, ese sistema que rigió en el Uruguay durante tanto tiempo, tenía un efecto fundamental: fue un disuasivo decisivo para que, durante su vigencia, no emergieran fuerzas políticas exteriores a las colectividades tradicionales, que desafiaran su monopolio del poder. Y este efecto es el que cesó definitivamente a partir de las elecciones de 1994.

Aunque ello no ocurrió de golpe, fue un proceso cuya visibilidad comienza a aparecer en las elecciones de 1971. A partir y en torno de una izquierda hasta entonces de presencia "testimonial", a través de sucesivos desgajamientos de los partidos tradicionales y de fuga de sus votos, se fue constituyendo un núcleo político que no dejó de crecer: 18,3 % en 1971; 21,3% en 1984, 30,2 %* en 1989 y triunfó en Montevideo con el acceso a su gobierno municipal. Para llegar ahora a su ratificación ampliada en la capital y emparejamiento del caudal electoral nacional con cada uno de los dos partidos tradicionales, en las elecciones del último domingo de noviembre de 1994. Si al tercio frenteamplista se le agrega el redefinido Nuevo Espacio, las fuerzas no tradicionales se convierten en la "mayor minoría".

Como queda dicho, este proceso arranca desde 1971. Y, por las razones que se verán, lo hace primero en Montevideo. Canelones se incorpora claramente al fenómeno en las elecciones de 1994; en las cuales, el departamento canario asume localmente el tripartidismo. Y también ahora la tendencia comienza a asomar en general en el interior, donde se ha roto definitivamente el "techo" bipartidista para las fuerzas no tradicionales.

7.- En plena vigencia de un golpe de péndulo mundial hacia la derecha, en medio de la revolución conservadora universal, acontece este cambio electoral uruguayo en sentido contrario. El dato convierte en inevitable una primera pregunta: ¿los uruguayos se han izquierdizado a contrapelo de la tendencia planetaria?, ¿por qué?, ¿cómo se explica? Y si no es así, ¿qué es lo que ha ocurrido en este pequeño y singular país?, ¿cómo puede interpretarse este acontecimiento?

Este suceso —como cualquier otro de cierta envergadura de un sistema político— debe entenderse en la perspectiva que brinda el análisis del proceso social global. Como el de cualquier país, el sistema político uruguayo y su evolución general son sencillamente incomprensibles fuera del contexto de la sociedad a la cual pertenecen y de su inserción en el sistema internacional. El presente trabajo parte de esta premisa. Y a la hora de explicar, se remitirá a esos contextos sociohistóricos nacional e internacional; aunque estos, por supuesto, no constituyen su tema.

Lo hemos dicho muchas veces: la sociedad es una compleja trama de fenómenos, integrada como realidad social única. Las diversas ciencias sociales estudian recortes analíticos de esa realidad desde el particular punto de vista que asumen y las define. Pero ese recorte no borra las determinaciones mutuas; y el pretenderlo implica abdicar a la real comprensión.

El estudio de los fenómenos políticos no escapa a este principio elemental del análisis social; aunque, es cierto, su acaecer tiene una relativa autonomía en la que opera una lógica propia. Sin embargo, con la exclusiva delimitación a ella, se escapa el entendimiento de lo fundamental de la realidad política. Este hecho define la imbricación que el sistema político tiene en la sociedad. Hecho que nadie seriamente osa discutir, aunque muchos, luego, en el laberinto de sus reflexiones, puedan olvidarlo o minimizarlo. (Errandonea, 1994, b) Por lo tanto, aquí nos proponemos explicar el suceso, dar cuenta de las preguntas formuladas.

*Incluimos un desgajamiento del Frente Amplio que votó fuera de él, bajo el lema Nuevo Espacio, con el 9 %.

2.- LA CONSTRUCCIÓN DEL "URUGUAY BATLLISTA"

8.- Nuestra hipótesis central puede resumirse de la siguiente manera. El Uruguay advino tempranamente a una modernización social y política en el siglo XX, que lo convirtió en la sociedad más progresista y estable de América Latina, mediante la asunción de un modelo que fue posible en un contexto internacional que duró hasta mediados de los años '50 (modelo al que denominaremos del "Uruguay batllista"). Desvanecidas las condiciones que este contexto le proporcionaba, el modelo se quebró.

Desde entonces el país navega a la deriva en busca de una solución sustitutiva sin poderla encontrar. Ese es el derrotero de una larga crisis, de progresivo agravamiento, que es el escenario y la condicionante del actual proceso político. El que, reitero, no puede ser entendido si no es en ese contexto.

9.- Una población relativamente homogénea de origen casi totalmente europeo, pobló desde el puerto a un país con territorio de dimensiones limitadas pero casi totalmente explotable en la producción agropecuaria, para la que presentaba excelentes condiciones. Se organizó de tal manera que, basando su sustento fundamental en la producción rural, se constituyó en la sociedad más urbana del subcontinente.

El temprano establecimiento de políticas sociales, y de esfuerzos eficientes para la extensión de la asistencia de salud pública y de la universalización de la enseñanza, se tradujeron en una calidad de vida y en un nivel cultural que fueron los mejores de América Latina.

Con tales sustentos y un clima político tolerante, denso y estable, en medio de un proceso de numerosas reformas en las primeras décadas del siglo, se fue conformando un corpus ciudadano con una cultura política media considerablemente alta e interesada en el debate político y en las cuestiones generales de la sociedad.

La temprana existencia de sindicatos, clubes, centros, cooperativas y sociedades civiles de diverso tipo, generó hábitos de participación social. La apertura y modernización de los partidos políticos, y la alta frecuencia de elecciones (mientras estuvo vigente la Constitución de 1917, se realizaban elecciones casi todos los años), dio dimensión política a esa participación, expresada primariamente en el temprano proceso de crecimiento de la participación electoral.

Este fue el basamento sobre el cual se edificó el sistema político uruguayo.

10.- También constituyó el fundamento de la configuración de esa tan peculiar ideología que respaldó consensualmente el montaje del modelo batllista. En efecto, el proceso de desarrollo del modelo, a través de los años, fue aglutinando en su apoyo un fuerte contingente ciudadano que participó de una cosmovisión de tono progresista, que dotó de consenso al curso reformista. Las representaciones que lo conformaban constituían una vaga y moderada perspectiva más o menos socialdemócrata, cuyo epicentro se definía por el batllismo. Pero que se extendía hacia la izquierda, que no podía mal mirar la tendencia, aunque obviamente le restaba espacio propio; y hacia el centro, porque implicaba un proceso pacífico y sin "víctimas" de reformas sociales, que en otras latitudes motivaban confrontaciones violentas y hasta revoluciones.

Ello no quiere decir que este curso de acción no tuviera enemigos. Siempre existió una derecha que lo resistió (Barran y Nahum, 1987). Y que cuando salió a la arena a disputar los tantos más o menos aglutinada, triunfó cuantitativamente (en las elecciones de la Constituyente de 1916, en el período terrista, o para decretar la sepultura del modelo en 1958). Sin embargo, ese contingente de votos progresistas, que no era mayoritario, pero fue si lo suficientemente fuerte como para sostener y legitimar el modelo, como para darle al país ese clima de "Uruguay batllista" fácilmente reconocible; puede estimarse, en tiempos relativamente normales, en alrededor o algo más (según la época) del 40 % del electorado. Es ese contingente que, cuando se hundió el modelo al punto de ser abandonado por el propio batllismo como fuerza política, comenzó a migrar hacia "la izquierda"; y tendió a configurar el esquema "tripartidario", que las últimas elecciones de 1994 consagraron, en perjuicio del viejo "oligopolio bipartidista".

11.- Hasta fines de los cincuenta, el Uruguay contó con un modelo funcionante, creíble y consensual de país. Más allá de los avatares políticos del "pseudobipartidismo", y salvo el interregno terrista, el sistema funcionó con solidez. El modelo batllista tenía un sentido y se relacionaba funcionalmente con la problemática nacional. El esquema de la coyuntura internacional lo hacía posible. Y hasta los propios defectos que se le señalaban (burocracia estatal, clientelismo), tenían una clara función amortiguadora (Solari, 1965, t.II, p.147 y ss.; Filgueira, 1971).

Un delimitado contrasistema de izquierda —con partidos de escaso apoyo electoral, pero con dirigencias sindicales y estudiantiles operantes y algunas otras organizaciones o movimientos sociales también de peso— que cumplía su papel

de tal, producía la correspondiente utopía y el discurso en que se expresaba, "tironeaba" al sistema en el sentido esperable, y le otorgaba gran legitimidad al todo.

12.- Esos conglomerados ("lemas") que en el lenguaje corriente se identificaban con el Partido Colorado, el Partido Nacional y, últimamente, con el Frente Amplio y con la designación de "partidos"; constituyeron especies de alianzas electorales históricas y permanentes, legal e institucionalmente reconocidas para sumar votos en los actos comiciales. Pero, con la salvedad hasta cierto punto del Frente Amplio, pese a su explícita definición como coalición (a lo sumo, como "movimiento", pero explícitamente no como partido), cada una de ellas no pudo tener autoridades comunes estables efectivamente actuantes, ni disciplina partidaria, ni plataforma común realmente llevada adelante desde los puestos de gobierno a que accedieran, ni candidatos comunes.

Más allá de su designación, los que realmente se acercaron a obedecer al concepto técnico de partidos, fueron los "sublemas", cuya unidad y consistencia como tales fue dada por el líder político en cuyo entorno se conformaron. Y que constituían, dentro de la colectividad política que formaba su "coalición estable" como conglomerado (el "lema"), un sector con casi plena autonomía, con identidades ideológicas mayores con fracciones de otros "lemas" que con el resto del suyo.

La lógica del "doble voto simultáneo" (que fundamenta el sistema habitualmente designado en el Uruguay como de "ley de lemas"), por la cual se vota el ideario de un partido y los candidatos preferidos para llevarlo adelante, fue en el Uruguay una excelente solución para aprovechar las invocaciones afectivas históricas en estricto beneficio de la sumatoria de votos por candidatos distintos y hasta ideológicamente contrapuestos, que permitió mantener una ortopedia bipartidista. Pero nunca tuvo nada de opción inicial por un verdadero programa de ideario.

13.- Por este régimen muy peculiar, a través de la llamada "ley de lemas" (Pérez Pérez, 1970), en realidad en el Uruguay rigió siempre un sistema de partidos multipartidista, que poseía la peculiaridad de que en el acto electoral tenía armada institucionalmente una "alianza forzosa", de casi ninguna consecuencia más allá de las elecciones. Cuando alguien pretendió otra cosa, y se "sintió" obligado por el compromiso del lema en el período interelectoral, le pudo ir tan mal como le fue al Movimiento Nacional de Rocha de Carlos Julio Pereira en las últimas elecciones, luego de apoyar con sus votos parlamentarios durante cinco años la

continuidad de una gestión gubernamental que contradecía el perfil ideológico que cuidadosamente habían logrado conformar en la imagen pública. Este sistema multipartidista real, o este "pseudobipartidismo" para el lenguaje de Duverger (Duverger, 1957 y 1960), fue tal que, por ejemplo, prácticamente no existió gran decisión nacional que no se haya adoptado por medio de acuerdos "interpartidarios" entre sectores de los lemas, capaces de reclutar en conjunto el suficiente electorado como para sellarlos en reformas constitucionales. (Varela, 1988, p. 18; Errandonea, 1994, cap.II). O, por lo menos, con el suficiente respaldo parlamentario conjunto como para consagrarlos en leyes.

De hecho, esas han sido las coaliciones "de decisión", bien distintas a las "de elección", ellas sí "monocolores" por efecto de la legislación electoral (Errandonea, 1994, cap.VI).

3.- EL QUIEBRE DEL MODELO

14.- A mediados de los años cincuenta, avanzada la segunda postguerra mundial, luego de agotado el efecto de prórroga con que operó la guerra de Corea, la situación internacional y la inserción del Uruguay en ella, habían variado sustancialmente. El proceso que conduce a la nueva situación a nuestros países es bien conocido, y de muy especial vigencia para el nuestro.

Gran Bretaña no era ya más el poderoso demandante seguro de nuestros productos primarios, como en las preguerras (el centro del capitalismo internacional se había desplazado hacia Estados Unidos, con producción primaria propia de la cual tenía mucho excedente); y se había reiniciado la presión de la oferta exportadora industrial del mundo desarrollado, con mayor fuerza y desde otro superior nivel tecnológico, como para desarticular la protección que la incipiente industria local tenía en la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones. Las consecuencias en el neto debilitamiento de las economías latinoamericanas y la secundarización del status internacional de sus países, son muy sabidas. Con el agravante para los pequeños de la vulnerabilidad general adicional resultante de su magnitud y de las específicas limitaciones de sus mercados internos.

Para el caso uruguayo, esta situación hizo desaparecer a la larga la coyuntura internacional favorable del período anterior, la cual había hecho viable el modelo batllista. El efecto devastador para éste no iba a demorar en hacerse sentir. En la segunda mitad de la década de los cincuenta, el país se internaba a pasos firmes en una prolongada

crisis, de la cual en realidad nunca salió. Era la crisis de la ausencia de sustento de su modelo de modernización, que no logró ser sustituido hasta el presente. Las elecciones de noviembre de 1958, en las que triunfa el Partido Nacional después de 93 años de no alcanzar el gobierno (que no fueron exactamente de ostracismo del poder, por el peculiar sistema uruguayo de coparticipación parcial entre los partidos tradicionales), fijan la fecha en que se hace visible el quiebre del modelo batllista, simbólicamente marcado por la derrota electoral final de la fuerza política que lo había sustentado y que le daba su denominación.

15.- Luego que el modelo se quebró y que el país comenzó a internarse en la crisis, el consenso se erosionó, el sistema se fue debilitando. El contrasistema creció, y el conflicto social adquirió rispidez. El orden establecido optó por la alternativa más conservadora, el contrasistema por su vertiente metodológica más radicalizada: el clima social se enrareció y el sistema político todo se polarizó. La desembocadura fue la dictadura militar. También ella fracasó después de una concentración de poder inédita. El regreso a la institucionalidad democrática, más allá de una primera etapa de idílica ilusión de restauración del mejor Uruguay conocido, se reencontró con partidos políticos tan desorientados como antes, tan carentes de solución como desde fines de los cincuenta. Pero la experiencia vivida, cuenta. Ya nada volvería a ser como antes, pese a la primera ilusión de revivir los años felices.

Es obvio que los ingredientes que habían contribuido a legitimar el sistema desde el "Uruguay batllista", y que se plasmaron en el bipartidismo tradicional, se hicieron trizas.

16.- El clásico bipartidismo imperfecto uruguayo y sus instrumentos jurídico-electoral (el doble voto simultáneo —en nuestro país, aplicado como "triple" (Bottinelli y Buquet, 1993) — y la llamada "ley de lemas") constituyeron el mecanismo político funcional con que el sistema de dominación del país legitimó democráticamente su persistencia: alimentado de un imaginario afectivo tradicional que hundía sus raíces en siglo y medio de historia nacional. Fue posible porque un modelo consensual de país, asentado en una ideología progresista modernizadora y en un peculiar *welfare state*, logró convertirse en estilo nacional. Era el llamado "Uruguay batllista".

Como hemos visto, a mediados de la década de los '50, el cambio del contexto internacional le quitó el soporte que durante varias décadas había hecho posible el funcionamiento de ese modelo en el país. Desde entonces, sin encontrar un proyecto substitutivo de país, han transcurrido

cuatro décadas de lento pero persistente desarrollo de la crisis nacional; y con ella, de acumulativa erosión del consenso y del creciente debilitamiento del sistema político, de progresivo incremento de su inestabilidad (la derrota electoral batllista de 1958 marca el comienzo de una rotación de los partidos en el poder, debida más al creciente "voto castigo", que al juego saludable de un bipartidismo dinámico). La "política de parches" con que la elite política procuró postergar el desenlace crítico, llevó hasta el recurso muy uruguayo de la reforma constitucional en 1966, que se propuso dotar de mayor "ejecutividad" al gobierno. Como es lógico, este recurso formal en sí no significó solución alguna; y su desembocadura natural fue el golpe de estado y la dictadura militar, cuyos prolegómenos se iniciaron con el estilo autoritario del gobierno de Pacheco Areco.

Pero en este curso de acción iniciado por el pachequismo, el timón puso proa en dirección a la derecha y mantuvo ese rumbo hasta el presente, a través de gobiernos de colores diferentes. Con distintas instrumentaciones, se asumieron políticas económicas inspiradas en la orientación conservadora habitualmente denominada "neoliberalismo". Las cuales, jamás contaron con consenso, y fueron minando la credibilidad del personal político llamado a gobernar; que, bajo la "presión-justificación" de los acreedores externos que el proceso nos acumuló, invariablemente, las siguió poniendo en práctica.

17.- Por otra parte, en esta última elección de 1994, el soberano volvió a utilizar el recurso del plebiscito, al que se aficionó en la postdictadura como instrumento antioficialista, para dos proyectos. Uno fue aprobado ampliamente, y el respaldo de sufragios del otro, con ser importante (mayor que el que recibieron algunas de las constituciones que estuvieron vigentes en el país), no fue suficiente para las actuales reglas del juego. Nuevamente, como en los últimos tiempos, fue accionado principalmente desde organizaciones populares o gremiales y no desde los partidos. Y, otra vez, las consultas populares fueron utilizadas contestatariamente, en vez de servir para legitimar constitucionalmente acuerdos anidados en los partidos tradicionales. (Errandonea, 1994).

18.- Otro rasgo tradicional de los partidos políticos uruguayos, había sido su carácter de *catch all* y el consiguiente reclutamiento policlasista de las bases sociales de su electorado (Ures, 1972). Sólo leves tendencias de perfil separaban la tipificación del conjunto de sus votos, incluyendo a los clásicos partidos de izquierda. Como cuadra a un sistema de alto consenso. Más bien, lograban

cierta caracterización geográfica: los colorados más favorecidos en Montevideo y en algunas ciudades del interior; los blancos con mayor peso en departamentos más rurales o con cierta tradición histórica de presencia desde el siglo pasado; la izquierda con más campo para su crecimiento siempre minoritario en las concentraciones urbanas. Todo en términos muy relativos, por cierto. (Solari, 1958; Ures, 1972; González, 1993.c.7).

Desde hace algunas elecciones, apareció en escena otro comensal. Una cierta tendencia a la configuración de algunos ingredientes de voto socialmente determinado, perceptible en cierto grado de acentuación de las diferencias de perfiles. La educación y los grupos etarios juveniles comenzaron a favorecer más al Frente Amplio, y perjudicar en mayor medida al Partido Colorado (González, 1993.c.7). González hace una prolija revisión sobre este proceso hasta 1989 (Ibid).

Ya en las elecciones de 1989, y acentuándose en las últimas de 1994, los núcleos de mayor concentración urbana o adyacentes a áreas metropolitanas, han sido mucho más sensibles al quiebre del bipartidismo tradicional y al crecimiento del voto de centro-izquierda. Por lo pronto, fueron lugares más fértiles para el Frente Amplio y el Encuentro Progresista.

Es notorio que en este proceso de crecimiento del Frente Amplio, se dibuja una pauta temporal de operación que reconoce esta tendencia: primero Montevideo, luego sus áreas adyacentes (sur de Canelones, Costa de Oro, Rincón de la Bolsa, etc.); para seguir por algunos de los centros urbanos más poblados y socialmente más modernos. Y aun dentro de Montevideo, zonas metropolitanas y ciudades de importancia, parecería que es en los barrios obreros, de clase baja y media-baja, donde el Frente Amplio en 1989 y el Encuentro Progresista en 1994 registran proporciones mayores (un ejemplo extremo: en la pequeña ciudad obrera coloniense de Juan Lacaze, con industrias textiles hoy en crisis, ganó el Encuentro Progresista); y por el contrario, es en la franja costera montevideana, con mayor clase media alta, en que su votación, sin dejar de ser importante, es más magra. Por otra parte, el nivel educacional y la juventud parecen también seguir favoreciendo el voto no tradicional, en tendencia no del todo consistente con la precedentemente indicada.

Desde luego, se trata de un fenómeno que merece ser estudiado; especialmente por lo novedoso para el país y porque ocurre en una época en que ha tendido a eclipsarse en los países en que existió. Pero parece que está irrumpiendo en nuestro escenario un "convidado de piedra" del

sistema, aún percible sólo por ciertas tendencias de perfiles: *el condicionamiento social de la conducta electoral, y en especial, el "voto clasista"*.

4. LA INTERPRETACIÓN POLÍTICA

19.- El camino recorrido en este análisis, nos conduce nuevamente al hecho que lo motiva y del cual partimos: el dato más espectacular de las últimas elecciones uruguayas, sin duda, lo constituye el hecho de que el Frente Amplio haya llegado a empardar a cada uno de los partidos tradicionales, y que sumado a la otra opción electoral genérica y ampliamente definible como de izquierda, constituyan ya el mayor tercio en que se divide actualmente el cuerpo electoral del país.

Pero lo es más significativamente si se tiene en cuenta que hasta las elecciones de 1966, la izquierda política del país, electoralmente, no era más que una minoría testimonial, que rondaba el 10% de los sufragios. El hecho de que la izquierda haya comenzado a tutearse con el poder, nos plantea la cuestión más general de la interpretación de lo que ha ocurrido, en realidad, políticamente.

20.- ¿Qué ha pasado? De otra manera, volvemos a la pregunta inicial. ¿Los uruguayos se han "izquierdizado" en medio de una revolución universal conservadora? No parece la lectura más razonable.

En realidad, el análisis más cuidadoso, nos hace concluir de que es el espectro partidario de la oferta electoral el que ha experimentado un corrimiento en dirección a la derecha. Luego del paréntesis de hegemonía del wilsonismo en el Partido Nacional, que se presentó como de signo progresista, con la cual los blancos habían logrado temporariamente ubicar a su derecha en la imagen pública al Partido Colorado —que venía navegando fuertemente en esa dirección desde que la obsolescencia del modelo batllista los dejó sin proyecto de país y con la única alternativa del viraje conservador—; el regreso al predominio herrerista con la presidencia de Lacalle y su programa de ajuste económico y privatizaciones, terminó por volcar hacia la derecha el predominio en ambos partidos tradicionales. El fugaz intento preelectoral de Sanguinetti de barrer hacia el centro izquierda, con cierto *camuflage* de pretensión social-demócrata, quedó en mero "amague", abiertamente contradicho en el primer tramo de su gestión gubernamental, en coalición conservadora con el resto de su lema y con los blancos, para continuar la línea económica que el país sigue desde hace tres décadas.

El Frente Amplio y su actual alianza del Encuentro Progresista, en realidad, han venido a ocupar el espacio de centro-izquierda que hace mucho dejaron vacante los batllistas. Claro que ello implica también una moderación en la plataforma tradicional de la izquierda, en cultivo de lo que dio en llamarse "cultura de gobierno" (en actitud de prepararse para su eventual acceso, ahora creíble). Moderación que no dejó de provocar fricciones internas, básicamente la resistencia que a esta "moderación" opusieron los denominados "radicales" en la interna de la coalición (que no parecen serlo tanto; sino más que nada custodios del contenido ideológico más socialista, en el sentido amplio de la expresión). Ellos, más bien, se predisponen a desempeñar el papel testimonial de la izquierda clásica en nuestro país, lo que los involucra en una dinámica que, en definitiva, probablemente los lleve a salir del Frente Amplio; hecho más o menos inevitable, el día que la alianza alcance el gobierno.

21.- Puede hipotetizarse, en términos generales y a grandes rasgos, que el cuerpo electoral no parece haber acompañado este corrimiento ideológico del espectro partidario. Más allá de muchos casos individuales, para los cuales el transcurso de los años les han hecho transitar el camino de la moderación y el conservatismo que la mayor edad produce; ampliamente compensable por los fenómenos demográficos de su reducción cuantitativa y su sustitución por las nuevas generaciones que ingresan a escena. En estas parece reproducirse el esquema ideológico clásico del Uruguay moderno.

O sea que, más bien debe pensarse que los uruguayos se han reubicado en el punto del espectro de oferta electoral que sus relativamente estables actitudes políticas le indican como el que les corresponde hoy, aunque ello implique cambiar de opción nominal electoral por el desplazamiento del conjunto de ellas.

Sin embargo, ya eso constituye un significativo cambio de la gente de este país en su perspectiva hacia la política: han operado un proceso de incremento de la racionalidad como ingrediente en su opción política estable; así como en las opiniones puntuales sobre cada gran tema, en las cuales han "secularizado" su conducta, independizándola considerablemente de la de los candidatos por los cuales votan.

Todo lo cual, entre otras cosas, implica el haber comenzado a sacudir sus factores y condicionantes emotivos tradicionales, con un crecimiento constante de los que se atreven a navegar entre los lemas.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA DIRECCIÓN FUTURA DEL PROCESO POLÍTICO

22.- La precedente parece ser la explicación de lo ocurrido. Para concluir este análisis, desde su proyección, puede avizorarse la dirección en que se orienta el cambio de conducta electoral de los uruguayos, que habrá de continuar. Y al hacerlo, como indagación del sentido de los vectores presentes y su norte futuro, en realidad concurrirnos a la síntesis del análisis hecho.

En efecto, esa proyección no es más que el trazado de las direcciones que efectivamente siguió en el último cuarto de siglo la conducta electoral de los ciudadanos de este país, a través de la cual el cambio de su comportamiento colectivo hizo experimentar la transformación del tradicional sistema de partidos: desde el viejo "bipartidismo imperfecto", al actual multipartidismo tripartito; que hipotetizamos, ha de seguir evolucionando.

23.- En primer lugar, se debe señalar el crecimiento sistemático de la proporción de quienes cambian su voto entre dos elecciones seguidas (ha sido designado de diversas maneras: "voto flotante", "voto mutante", "voto volátil", etc.). Más allá de las interpretaciones que se le han dado políticamente —de mi padre (Errandonea, A.M.; 1972); de Bottinelli (Bottinelli, O., 1994) —, creo que hoy debe hacerse de él una doble lectura bastante directa:

a) Constituye un indicador dinámico del cambio de la estructura electoral uruguaya como consecuencia fundamentalmente del desplazamiento de signos ideológicos de las ofertas partidarias, lo que empuja al cambio del sistema de partidos en sus aspectos más obviamente manifiestos: la correlación cuantitativa de fuerzas electorales y la consecuente opcionalidad al poder concreto de cada una de ellas.

b) Implica un proceso de alteración en la motivación del votante, desde predisposiciones más afectivas hacia un comportamiento más racional. En nuestro caso, parece claro que aquí sienta sus cabales el denominado "voto castigo" (Mallo y Serna, 1991), con su lógica de decisión "en contra de" antes que "a favor de"; con el cual se debilita la fidelidad partidaria y la vieja fuerza emotiva de la divisa. Se trata de un proceso de incremento de la racionalidad, pero más ideológicamente fundado.

24.- En segundo lugar, el hecho de la progresiva independización de la opinión puntual del ciudadano en relación con la manera en que se pronuncian aquellos por quienes votan, frente a un problema concreto; lectura que creo la más directa y

adecuada, sobre el tema que hace poco discutieron los politólogos a propósito del plebiscito del 28 de agosto de 1994 (Veneziano, 1994).

La conducta política del elector, más allá de su fidelidad electoral o no a algún partido, asume cada vez más una independencia de criterio frente a cada tema puntualmente considerado, con respecto a la opinión que sobre cada uno de ellos tenga el partido y el candidato por el cual vota. La conducta política de los uruguayos tiende a "secularizarse": han comenzado a rechazar en plebiscitos lo que sus representantes políticos negociaron o aprobaron supuestamente en su nombre. Más aún: es desde movimientos no políticos de la sociedad civil, que los uruguayos comenzaron a tomar las iniciativas para el uso de los instrumentos de democracia directa que el sistema prevé, dirigidos a contraponerlos a actos del poder; y se lo hace al servicio de la defensa de una cierta cosmovisión del país que la mayoría de la clase política se empeña en erradicar (por los montos jubilatorios, contra privatizaciones, en defensa del sistema previsional, para asegurar el nivel de recursos para la enseñanza, para castigar la violación de los derechos humanos durante la dictadura, etc.). Exitosos o no (en buena parte de ellos, acompañados por su logro), la sociedad civil se resiste a direcciones no queridas que se le quieren imponer, y se dispone a poner límites al mandato conferido a sus representantes, sobre los cuales pesa una fuerte desconfianza, a esta altura casi considerada natural.

25.- En tercer lugar, y en el curso de este proceso de asunción de soberanía para temas concretos por parte de la ciudadanía común, en medio de una rápida evolución de la estructura del electorado del esquema bipartidista al tripartito; curiosamente, se recomenzó a dibujar una polarización dicotómica moderada que atraviesa y divide a votantes de ambos partidos tradicionales. Incluso llegó a llamárseles "espacio verde" y "espacio amarillo", por el color de las papeletas utilizadas en el plebiscito sobre la ley de "caducidad de la pretensión punitiva del Estado" en los delitos cometidos por los hombres de la dictadura militar (16/4/89). Desde luego, esta dicotomización asume diferentes proporciones en los distintos lemas; pero lo interesante es que ella está presente con importancia cuantitativa y es persistente. Para algunos, una discrepancia sistemática con la dirigencia del partido a que vota, lo lleva al cambio de preferencia, alimentando la modificación de estructura electoral referida; pero para una muy buena parte de los votantes de cada uno de los partidos, aún no llega a ser motivo de cambio de su preferencia electoral.

26.- En cuarto lugar, el dato más ostensible de las elecciones del 27 de noviembre de 1994, fue el emparejamiento del conjunto de la alianza no tradicional con cada uno de los dos partidos tradicionales. El Encuentro Progresista centrado en el Frente Amplio, no logró ganar las elecciones, pero bien pudo hacerlo, como también salir segundo. Las diferencias realmente fueron mínimas, como por otra parte lo habían predicho todas las encuestas, que debieron lidiar con la situación de triple "empate técnico" que registraban.

Esta se aparece como la culminación de un proceso que se inició en 1971, cuando el recién fundado Frente Amplio trepaba a más del 18 %, rompiendo la barrera histórica del bipartidismo uruguayo. Proceso jalonado por su crecimiento constante de comicio a comicio. De mantenerse esta tendencia y de no cambiar nuevamente el sistema de partidos—aunque debe pronosticarse de que sí cambiará— en el próximo turno electoral triunfaría el aglutinamiento no tradicional de centro izquierda.

Tal proceso se viene produciendo desde lo más a lo menos urbano: primero en Montevideo, donde alcanzó el triunfo en 1989, y lo ratificó ampliamente en 1994; luego con el crecimiento de las zonas aledañas al área metropolitana en el departamento de Canelones, llegando ahora prácticamente a una tripartidización de esa circunscripción; para continuar —también en esta elección— hasta hacer saltar el tope bipartidista en la mayoría de las capitales y en algunas otras ciudades del interior.

También este proceso introdujo en el Uruguay, una incipiente tendencia hacia el voto clasista. Por ahora, perceptible esencialmente a nivel de ciertos perfiles: mayor proporción de votos frenteamplistas en los barrios más obreros o de clase media baja y menor en los de concentración residencial de clase media alta; una cierta tendencia a crecer este voto entre los estratos socioeconómicos bajos que han comenzado a registrar las encuestas (por ej.: "Sondeos", 1994).

27.- Por último, el apunte de una previsión final: el del nuevo cambio del sistema de partidos.- No he cometido error al decir recién que éste resultado "*se aparece* como la culminación de un proceso". Porque no hay ninguna razón para suponer que la evolución de la estructura electoral y del sistema de partidos ha concluido con esta configuración tripartita. Más bien, la teoría suele insistir en la tendencia natural hacia la dicotomización moderada. Y no sería la primera vez que, de alguna manera, un partido conservador y otro liberal se fusionan para resistir el crecimiento de

uno nuevo de centro-izquierda, con posibilidad de alcanzar el poder. En nuestro caso, la tradición de las divisas parece ya bastante descolorida y demasiado irracional para un electorado cada vez más especulativo y racional. Y está abierto el camino, propuesto en los planteos de reforma constitucional, de balotaje electoral para la presidencia, que facilite el encuentro de los Montescos y los Capuletos de nuestra política criolla tradicional.

Cuando el "espacio verde" que tiende a configurarse, cuyo mayor grado de concreción hoy se expresa en el Encuentro Progresista, se proyecte como ganador entre los tres aglutinamientos, se pasará de la actual etapa de coalición postelectoral, al de la alianza electoral "en segunda vuelta" de blancos y colorados. En ese caso, habría comenzado a nacer una nueva estructura "bipartidista" del sistema de partidos.

28.- Por cierto, que ello para nada significará avanzar en la solución sustantiva del problema de fondo del país: encontrar la solución sustitutiva al fenecido modelo batllista. Pero sí configuraría una más racional alineación ideológica, dicotomizable en centros de gravedad de "centro-derecha" y "centro-izquierda", que organizará el conflicto político con más concordancia con el conflicto social al cual tendrá que responder, de lo que lo ha hecho en las últimas décadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIAR, César: "Elecciones y partidos": CIEDUR, Montevideo, 1984.
- BARRAN, José Pedro y NAHUN, Benjamín. *Batlle, los estancieros y el imperio británico* (tomo 8), "La derrota del batllismo, 1916". Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1987.
- BOBBIO, Norberto, MATTEUCCI, Nicola y PASQUINO, Gianfranco: *Diccionario de Política*. Siglo XXI, Mexico, 1991.
- BOTTINELLI, Oscar A.: "Informe de avance sobre su investigación sobre comportamiento electoral" en el Seminario de CEIL-CEIU (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, abril de 1994); "Perspectiva del desarrollo del Uruguay y América Latina" (Montevideo, abril, 1994).
- BOTTINELLI, Oscar A. y BUQUET, Daniel: "Escenarios parlamentarios resultantes de cuatro reformas al sistema electoral" en REVISTA URUGUAYA DE CIENCIA POLITICA, N° 6, Montevideo, 1993.
- CAETANO, Gerardo: *La agonía del reformismo* (1916-1925), CLAEH, Montevideo, 1983.
- CAETANO, G. y RILLA, J.: "El sistema de

partidos: raíces y permanencias" en VARIOS, *De la tradición a la crisis*; CLAEH - Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1985.

DAHL, R.A. (Dir.), *Political oppositions in western democracies*, Yale University Press, New Haven, 1966.

DE SIERRA, Gerónimo; "Sistemas y partidos políticos en el Uruguay de la crisis" en REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, N° 1, Montevideo, 1986.

DE SIERRA, Gerónimo. a: "Sobre los problemas de (in)governabilidad en el Uruguay neoliberal de la postdictadura"; en DE SIERRA, Gerónimo (Compilador); *Democracia emergente en América del Sur*, UNAM, México, 1994.

DE SIERRA, Gerónimo. b; "Neoliberalismo, ajuste y cambios sociopolíticos en Uruguay"; en DE SIERRA, Gerónimo (coordinador); *Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal*, Nueva Sociedad, Caracas, 1994.

DUVERGER, Maurice. *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

DUVERGER, Maurice. "Sociologie des partis politiques" en GURVITCH, Georges (ed.) *Traité de Sociologie*. Presses Universitaires de France, Paris, 1960; t.II, pp.22-45.

ERRANDONEA, Alfredo (h.), *Uruguay: subordinación y dependencia*. Librosur, Montevideo, 1985.

ERRANDONEA, Alfredo (h.), a: *Las clases sociales en el Uruguay*, Ediciones de la Banda Oriental - CLAEH, Montevideo, 1989.

ERRANDONEA, Alfredo (h.), b: "Notas sobre la caracterización del sistema de partidos en el Uruguay", en INSTITUTO DE CIENCIA POLITICA, *Los partidos políticos de cara al 90*, Fundación de Cultura Universitaria-FESUR, Montevideo, 1989.

ERRANDONEA, Alfredo (h.), a: "El cambio de función de plebiscitos y referéndums en el sistema político uruguayo" en REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Fundación de Cultura Universitaria, N° 10; Montevideo, 1994.

ERRANDONEA, Alfredo (h.), b: "El sistema político uruguayo", ediciones LA REPUBLICA, Montevideo diciembre de 1994.

ERRANDONEA, Alfredo (h.): "Condiciones sociales para la reforma política", 1995 (en prensa: en libro de compilación de la Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 1995).

ERRANDONEA, Alfredo, M.: "El mutacionismo electoral como indicador de estabilidad política", en REVISTA URUGUAYA DE CIENCIAS SOCIALES, Vol.I, N° 2, Montevideo, 1972.

FABREGAT, Julio T. *Elecciones uruguayas*, Cámara de Senadores, Montevideo, 1950, 1957.

1962, 1964 (Recopilación de resultados electorales desde 1925 a 1962).

FILGUEIRA, Carlos : "Burocracia y clientela: una política de absorción de tensiones", en CUADERNOS DE CIENCIAS SOCIALES, N° 1, Montevideo, 1971.-

GONZALEZ, Luis Eduardo , *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, Fundación de Cultura Universitaria - Instituto de Ciencia Política, Montevideo, 1993.

LINDAHL, Göran G., *Uruguay's New Path*: Library an Institute of Ibero-American Studies, Stockholm, 1962 (citado por González, *ob.cit.*).

MALLO, Susana y SERNA, Miguel. "Partidos tradicionales, 'voto castigo' y consolidación democrática: 1982-1990", en REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, Instituto de Ciencias Sociales y Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1991, N° 5.

MIERES, Pablo; "Los Partidos Políticos en la bibliografía sociológica uruguaya", en VARIOS, *Partidos y electores*, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1992.

MIERES, Pablo; *Desobediencia y lealtad: el voto en el Uruguay de fin de siglo*. Ed. Fin de Siglo - CLAEH, Montevideo, 1994.

NAHUM, B., COCCHI, A., FREGA, A. Y TROCHON, Y.; *Historia uruguaya - tomo 7 - "Crisis política y recuperación económica, 1930-1958"*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993.

NAHUM, Benjamin; *Historia uruguaya - tomo 6 - "1905-1929, la época batllista"*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993.

NOHLEN Y RIAL; *Reforma electoral*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.

OPPO, Anna. "Partidos políticos", en BOBBIO, MATTEUCCI y PASQUINO, 1991, PP.1153-1160. PASQUINO, Gianfranco , "Sistema de partidos", en BOBBIO, MATTEUCCI y PASQUINO, *ob.cit.*, 1991, pp.1469-1477.

PEREZ PEREZ, Alberto; *La ley de lemas*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1970.

REAL DE AZUA, Carlos ; *El impulso y su freno*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1964.

SARTORI, Giovanni, *Parties an Party Systems: A framework for Analysis*, Cambridge University Press, New York, 1976.

SOLARI, Aldo "Sociología" (Apuntes corregidos por el autor), 3 tomos, Oficina de Apuntes del Centro Estudiantes de Notariado, Montevideo, mimeo, s/f (curso dictado en 1958).

SOLARI, Aldo: *Estudios sobre la sociedad uruguaya*, Arca, Montevideo, 1965, t.II.

SOLARI, Aldo, *Uruguay, partidos políticos y sistema electoral*, El libro libre - FUCCYT, Montevideo, 1988.

"SONDEOS", Instituto de Opinión Pública del diario LA REPUBLICA (Director: Alfredo Errandonea); publicaciones en LA REPUBLICA de las ediciones de

URES, Jorge ; "La relación clase-voto en Montevideo", en REVISTA URUGUAYA DE CIENCIAS SOCIALES, Vol.I, N° 1, Montevideo, 1972.

VARELA, Gonzalo ; *De la República liberal al Estado militar*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1988.

VARIOS, *Partidos y electores*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1992.

VARIOS, *De la tradición a la crisis*, Ediciones de la Banda Oriental - CLAEH , Montevideo, 1985.

VENEZIANO, Alicia ; "La sorpresa del 'No' en el plebiscito del 28 de agosto"; EN REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Fundación de Cultura Universitaria, N° 10: Montevideo, 1994.

ZUBILLAGA, Carlos ; "Los partidos políticos ante la crisis (1958-1983)", en VARIOS, *De la tradición a la crisis*, Ediciones de la Banda Oriental - CLAEH , Montevideo, 1985. ■